

Mc 16,15-20

Dios nos resucitó con Cristo y nos sentó con Él en los cielos

La Iglesia celebra este Domingo el misterio de la Ascensión del Señor Jesús al cielo. El Evangelio que se proclama en este día, concluye el relato de la aparición de Jesús resucitado a los Once con esta afirmación: «El Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios».

Podemos afirmar que la mano anónima que escribió los versículos finales del Evangelio de Marcos (Mc 16,9-20) tomó del evangelista Lucas esa afirmación, porque, para expresar la Ascensión de Jesús, usa el mismo verbo que usa Lucas dos veces en los Hechos de los Apóstoles (Hech 1,2.11) para expresar ese misterio. Se trata del verbo griego «ana-lambano», en tiempo pretérito y en voz pasiva. El prefijo «ana» expresa movimiento hacia arriba y el verbo «lambano» significa «recibir, asumir». Textual dice: «Fue asumido a lo alto hacia el cielo...». Usa este mismo verbo y en la misma forma verbal el autor de la 1Timoteo para concluir la síntesis del misterio de Cristo: «Grande es el Misterio de la piedad: Él ha sido manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, visto por los ángeles, proclamado a los gentiles, creído en el mundo, asumido a lo alto en gloria» (1Tim 3,16).

En el texto del Evangelio de Marcos se completa la afirmación con su destino final: «Y se sentó a la derecha de Dios». De esta manera declara que por el misterio de su Ascensión es Jesús quien da cumplimiento a lo anunciado por Dios en el Salmo 110: «Oráculo del Señor (Yahweh) a mi Señor (Adonai): “Sientate a mi derecha...”» (Sal 110,1). Jesús concluyó su misión de salvación en este mundo siendo elevado al mismo nivel que Dios, lugar que le corresponde a Él por ser el Hijo de Dios, Dios verdadero. Jesús une en su Persona divina –la segunda Persona de la Santísima Trinidad– la naturaleza divina y la naturaleza humana, de manera que, al profesar este misterio, confesamos que un hombre es, Él mismo, Dios y que está sentado a la derecha de Dios. No sabía el salmista, y tampoco los judíos que recitaban ese Salmo antes de Cristo, que las dos Personas de las cuales habla el Salmo se relacionan entre sí como Padre e Hijo y que ambos poseen la divinidad en plenitud, porque ambos son el mismo y único Dios. La comprensión de esto es «el sentido pleno» de ese texto, porque es el sentido intentado por Dios con esas

palabras, sentido que se concede por revelación de Jesucristo y se acepta en la fe.

Lo admirable de este misterio es que siendo Jesucristo verdadero hombre, en un sentido cierto, estamos todos los cristianos sentados con Él a la derecha de Dios, los que por el Bautismo hemos muerto con Él y resucitado con Él a una vida nueva. Así lo afirma San Pablo admirando la misericordia de Dios para con nosotros: «Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos ha amado, estando nosotros muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo... y con Él nos resucitó y con Él nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús» (cf. Ef 2,4-6). Para ser más preciso el apóstol usa tres neologismos: «nos convivificó, nos conresucitó y nos consentó con Cristo». Si por la gracia santificante, que nos infunde la vida divina, estamos vitalmente unidos a Cristo –como los sarmientos en la vid–, entonces nuestro pensamiento debería estar permanentemente donde está Él: «Si ustedes han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque ustedes han muerto, y la vida de ustedes está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, la vida de ustedes, entonces también ustedes aparecerán con Él en gloria» (Col 3,1-4).

Nuestra fe confiesa que el Hijo de Dios, eterno y uno con el Padre y el Espíritu Santo, en un punto del tiempo se hizo hombre y nació de una mujer, sin dejar el seno de su Padre. Así también, después de obtener, con su muerte y resurrección, la salvación del género humano, ascendió al cielo, sin dejar este mundo. Por eso, antes de su pasión, Él hace esta promesa a sus discípulos: «Voy a prepararles un lugar. Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y los tomaré conmigo, para que donde estoy Yo estén también ustedes» (cf. Jn 14,2-3). Cuando dice: «Voy a prepararles un lugar», habla como verdadero hombre y se refiere a su muerte en la cruz y resurrección, que, en ese momento, eran futuras. En cambio, cuando dice: «Donde estoy Yo», habla como verdadero Dios que, en ese momento y siempre en presente, está en el seno del Padre.

Asimismo, cuando promete a sus discípulos, antes de ascender al cielo: «Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (Mt 28,20), se refiere a ese momento, en que ellos lo estaban viendo resucitado y lo palparon y comieron con Él para verificar su condición humana, y se refiere también en

presente a todos los días de la historia humana. Así podemos entender que Jesús nos exhorte: «Permanezcan en mí como Yo permanezco en ustedes» (cf. Jn 15,4) y nos haya dejado el medio para cumplir esta exhortación: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y Yo en él» (Jn 6, 55-56). La Eucaristía dominical es, sobre todo, un don; pero es también una obligación de amor, porque despreciar semejante don, que consiste en el don que Dios nos hace de sí mismo, es una grave ofensa. Si en la parábola de los invitados a la boda del hijo del rey, los invitados que despreciaron la invitación ofendieron al rey (cf. Mt 22,1-10), ¡cuánto más cuando el Rey es Dios y su banquete es el Pan de vida eterna, el Cuerpo y la Sangre de su Hijo!

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Adm. Apost. de Santa María de los Ángeles